

January 2012

El modelo de agrópolis frente a la dialéctica ciudad-campo

Hermano Ariosto Ardila Silva, Fsc.

Universidad de La Salle, Bogotá, aardilas@unisalle.edu.co

Wilson Vergara Vergara

Universidad de La Salle, Bogotá, wivergara@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Ardila Silva, Fsc., H., y W.Vergara Vergara (2012). El modelo de agrópolis frente a la dialéctica ciudad-campo. Revista de la Universidad de La Salle, (57), 83-95.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El modelo de agrópolis frente a la dialéctica ciudad-campo

Hermano Ariosto Ardila Silva, Fsc.*
Wilson Vergara Vergara**

■ Resumen

El presente artículo expone, en términos teóricos, históricos y proyectivos, la dicotomía entre campo y ciudad, que genera cada vez más complejidad en la especie humana, y entropía a través del cambio climático, que si bien, al principio, por nuestra estrechez de miras ecológicas, provocó pocos daños, en la medida en que ha ido creciendo la población humana, ha generado consecuencias cada vez más drásticas. No obstante, uno de los mayores costos que ha implicado el proceso de urbanización ha sido la erosión de la cultura rural y la pérdida de riqueza social en el campo, gestado desde las grandes urbes, y que sostiene su hegemonía cultural, económica y política. La cultura generada en las ciudades es presentada como la parte activa, creadora y productora de conocimiento, cuya misión es difundir la modernidad y posmodernidad por todo el mundo, mientras que las culturas rurales son presentadas como pasivas, prerracionales, espontáneas, imitativas, empíricas, míticas y receptoras de conocimiento. Ante el distanciamiento entre campo y ciudad, la relación ideal entre ciudad y territorio puede estar contenida en la noción de *agrópolis*.

Palabras clave: agrópolis, ciudad-territorio, dialéctica, rural.

* Licenciado en Ciencias de la Educación. Zootecnista. Magíster en Genética de Poblaciones. Doctor en Genética y Mejoramiento. Correo electrónico: aardilas@unisalle.edu.co.

** Zootecnista. Magíster en Economía Agropecuaria, Universidad de La Salle. Correo electrónico: wivergara@unisalle.edu.co.

Introducción

El tránsito de la sociedad humana desde el estado de naturaleza hacia el estado civil, está basado en que en los comienzos de la humanidad no había necesidad de una organización del trabajo, pues la economía era solo de subsistencia y el valor de los productos sacados de la naturaleza estaba marcado por el uso que los hombres le daban para cubrir sus necesidades básicas. Pero esta etapa comienza a quedar atrás cuando la densidad poblacional crece y aparece la competencia entre unos pueblos y otros por la apropiación de los recursos, por lo cual se establece la necesidad del comercio y la división del trabajo. A diferencia de lo que se vivía en las ciudades, los regímenes agrarios vivían en escasez permanente, a pesar de la gran abundancia ofrecida por la naturaleza, sin existencia del mercado, pues los hombres se concentraban en trabajar lo suficiente para obtener aquello que necesitaban para sobrevivir (Locke, 1983).

Antes de que se inventaran la propiedad y el Estado, y, por tanto, de que surgieran las ciudades, los hombres convivían en libertad e igualdad. Solo con la aparición del Estado de derecho, el hombre comienza a romper la armonía con la naturaleza. Es decir, la civilización arrebató la libertad a los seres humanos y hace que sean desiguales y decadentes. Bajo una nueva configuración epistémica, el conocimiento sobre la vida humana intenta reunir dos aspectos simbolizados por las palabras griegas *cosmos* y *polis*. La palabra *cosmos* hace alusión a la naturaleza ordenada, regida por leyes fijas y externas, descubiertas por la razón, mientras que *polis* es aplicada a la comunidad humana y a sus prácticas de organización. Con la ayuda de la ciencia, y mediante la soberanía del Estado, el orden natural del *cosmos* podría ser reproducido en el orden racional de la *polis* (Tuolmin, 1990).

El presente artículo pretende ofrecer un recorrido rápido del tránsito del campo a la ciudad, a escala global y local, viendo en este el hecho de que el colonialismo ejercido por los centros urbanos hacia el sector rural no ha sido solo físico o económico, sino también epistémico, donde las “muchas formas de conocer” quedan integradas en una jerarquía, donde el conocimiento técnico-científico ocupa la parte más alta y las otras formas de conocimiento, propias de campesinos e indígenas, son vistas como pasado. Igualmente, se pueden

observar algunas implicaciones de la dicotomía ciudad/territorio, en los dos grandes problemas que afronta la humanidad: la pobreza y cambio climático. Por último, frente a esta panorámica, se plantea el concepto de *agrópolis* como respuesta para superar la dicotomía entre campo y ciudad.

Una panorámica global del campo a la ciudad

Aproximadamente 10.000 años atrás, la especie humana empezó a intervenir y transformar, de forma más decisiva, la relación con la naturaleza, es decir, de recolectora y cazadora, pasó al cultivo de plantas y la domesticación de animales, intensificando la competencia con otras especies por la captación de la energía solar, periodo conocido por Frank Niele (2005) como "régimen energético agro-cultural". El surgimiento de la agricultura consistió en una serie de esfuerzos humanos para concentrar en ciertas zonas un número determinado de placas solares biológicas útiles (las plantas), y una serie de transformadores bioenergéticos (los animales), con el objetivo de mejorar la conversión de la energía solar en formas bioenergéticas que resultaran útiles para el mantenimiento o la mejora de la complejidad humana (Spierd, 2011).

La naturaleza humana es una sola (*Homo faber*), afirma Turgot (1991), y, por tanto, en el comienzo de la historia todos los hombres eran iguales en la escasez y en la barbarie. En la "primera época de la humanidad" los hombres vivían sumergidos en el caos de las sensaciones, el lenguaje no era capaz de articular ideas abstractas y las necesidades básicas eran suplidas mediante una economía de subsistencia (Turgot, 1998). Cuando el lenguaje aumentó en complejidad, la escritura, las ciencias y las artes comenzaron a desplegarse, aprendiendo los hombres a dominar las fuerzas de la naturaleza y del trabajo, pasando la economía, de forma lenta, de ser doméstica, de subsistencia, a ser una economía sustentada en el mercado.

Hace 5000 o 6000 años aproximadamente, comenzaron a aparecer los primeros Estados, gracias al hecho de que, en principio, la nueva forma de vida agrícola era capaz de generar una cantidad de materia y energía suficiente para hacerlo factible. No obstante, los primeros Estados no emergieron inmediatamente después del surgimiento de las primeras sociedades agrícolas, al con-

trario, tardaron miles de años, pues el planeta estuvo habitado por pequeñas aldeas agrícolas relativamente autónomas y no sujetas a ningún control externo. El motor de todos los Estados tradicionales seguiría girando en torno a la energía solar renovable captada por los campesinos (Spierd, 2011).

Los centros estatales no tardarían en transformarse en ciudades de creciente capacidad expansiva. En poco tiempo, las urbes empezaron a poblarse de un considerable número de personas, dedicándose para vivir, bien a producir formas de complejidad, bien a comerciar con estas. Según Puello (2005), la percepción de lo agrícola comienza a ser referida como un exterior urbano peligroso, pobre, ignorante y supersticioso, del cual las murallas o el perímetro urbano vendrían a ser instrumento de defensa y control.

La base de la pirámide alimentaria se hallaba ocupada por un gran número de campesinos, y estos trabajaban muy a menudo en régimen de esclavitud. Aunque estas personas eran las encargadas de concentrar prácticamente la totalidad de la materia y la energía que mantenía al Estado en funcionamiento, lo habitual era, como ha señalado William McNeill (2005), que se vieran atrapados y sometidos a la acción de los microparásitos, por un lado, y de los macroparásitos (es decir, de los recaudadores de impuestos), por otro. Por si fuera poco, era frecuente que las guerras y las conquistas sembraran el caos en las tierras de labor.

En el emergente sector secundario de la sociedad vivía mayoritaria, aunque no exclusivamente, en los entornos urbanos o en sus proximidades. Se componía de especialistas en manufacturación, inventores, técnicos, albañiles, arquitectos, ingenieros y científicos, que se enfrentaban a problemas de la vida cotidiana, desafíos que admitían de hecho una solución práctica. Según Said (1990), se comienza a gestar una división geopolítica del mundo (centros y periferias). Por un lado, los centros se presentan como la parte activa, creadora y donadora de conocimiento; del otro, están las demás culturas, presentadas como elementos pasivos y receptores de conocimiento, cuya misión es acoger el progreso y la civilización que viene de la ciudad, pues el resto de culturas son vistas como prerracionales, espontáneas, imitativas y dominadas por el mito.

Con la industrialización de la agricultura y el transporte, las vastas poblaciones urbanas dispusieron de alimentos suficientes y mejores condiciones sanitarias, lo que hizo posible no solo la sustitución de las cifras demográficas de la urbe, sino incluso la concreción de su aumento; las ciudades empezaron a experimentar un crecimiento espectacular. Todo eso determinaría que se produjeran varias oleadas migratorias sin precedentes que empujarían a la gente a abandonar el campo y a dirigirse a las ciudades, movidas siempre por la esperanza de hallar una suficiente cantidad de materia y energía. Como consecuencia de este proceso, surgirían áreas metropolitanas gigantescas capaces de alojar a muchos millones de personas.

Del campo a la ciudad en una panorámica local

El crecimiento poblacional y el auge de la civilización moderna han implicado una tendencia demográfica hacia la urbanización. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, el número de personas que han vivido en ciudades ha estado en promedio alrededor del 15%. No obstante, mientras que en los últimos 100 años, la población mundial se multiplicó por 4, la urbana lo hizo por 10. En 1950, el 29,1% de la población mundial vivía en ciudades; en el 2000, el 47,1%; y para el 2010 la población urbana ya superaba a la rural, al alcanzar el 51,3%. En Colombia, en 1965 la población era mitad rural y mitad urbana, y a partir de allí se inicia una rápida consolidación del proceso de urbanización; actualmente, 3 de cada 4 colombianos son urbanos.¹

Este proceso de urbanización ha sido objeto de no pocos debates.² Por un lado, se encuentran las posturas en favor de la urbanización, como una forma más conspicua para el Estado de permitir que los beneficios del desarrollo lleguen a todos los habitantes. Asimismo, se puede favorecer el uso más eficiente de la energía y disminuir la huella ecológica si la población se concentra en las

¹ De acuerdo con el reciente informe del PNUD (2011), *Colombia rural: razones para la esperanza*, se afirma que Colombia es más rural de lo que se pensaba. La población rural no es del 25% como se había estimado, si no del 31,6%, según una nueva metodología propuesta en este informe.

² Este año en el diario *El Espectador* se publicaron tres columnas que advertían el debate. El 11 de marzo Alejandro Gaviria (2012) inició un artículo titulado "Ciudades", una crítica sobre la política del actual gobierno de destinar más regalías petroleras al sector rural, bajo el argumento de que el futuro del país es la ciudad y no el campo. Seguidamente, Juan Pablo Ruiz (2012) con "Ciudades, campo y desarrollo" y José Fernando Isaza (2012) con "Urbanización" se pronunciaron en contra y a favor de Gaviria, respectivamente.

ciudades.³ Por el otro, están las posturas que resaltan el enorme costo de la urbanización acelerada, propia de los países en desarrollo, debido a que las ciudades en estos países no cuentan con la capacidad de ofrecer alternativas de vida dignas a la población emigrante. Desde estas posturas también se afirma que la urbanización ha implicado un cambio de vida de los habitantes rurales, que ha inducido un aumento en el consumo de energía frente a sus patrones de consumo rurales, aumentando por consiguiente la huella ecológica.⁴ El abastecimiento de alimentos y de agua potable se constituye en enorme reto a la planeación y a las políticas públicas, debido a las formas depredadoras de la agricultura y del medio ambiente que circundan y promueven las grandes urbes.

No obstante, el mayor costo que ha implicado el proceso de urbanización ha sido la erosión de la cultura rural y la pérdida de riqueza social en el campo (Echeverry, 2003), cuyo incommensurable valor no se puede compensar con las supuestas ganancias promovidas por la urbanización modernizante. Basta decir que las formas de producción rural de la economía campesina son responsables, con muy poca tierra, de la mayor parte de los alimentos consumidos en las ciudades. Utilizando formas de producción aprendidas por décadas o quizás siglos, los campesinos son supremamente eficientes, gracias a sus métodos de adaptación al territorio y al contexto agroecológico.

El panorama se torna más complejo en América Latina, donde el proceso de urbanización no ha sido natural como lo ha sido el observado en los países desarrollados. En América Latina, la urbanización ha sido un fenómeno inducido, fundamentado en la visión de que lo rural es sinónimo de atraso y premodernidad. A partir de 1950, la región inició un modelo de desarrollo que promovía la industrialización. La estrategia consistía en extraer, por medio de las políticas macroeconómicas, recursos al agro para financiar la industria y las inversiones urbanas y de capital humano, a través de la promoción de una educación universal con valores intrínsecamente urbanos, que soslayaban la cultura rural,

³ Los neoyorkinos tienen una huella de carbono menor a 1/3 de la del estadounidense promedio; los habitantes de São Paulo producen emisiones equivalentes al 18% de la media brasileña (Al Gore, 2010).

⁴ Por ejemplo, se afirma que la huella ecológica de Bogotá alcanza 300 kilómetros cuadrados e involucra 4 departamentos, de donde proviene la mayor parte de las 2,7 toneladas de alimentos que consume anualmente la ciudad (Puello, 2011).

creando en el imaginario colectivo la idea del *campo* asociada con lo inculto. La apuesta por una agricultura capitalista de gran escala, fundamentada en el modelo de la revolución verde y el fracaso de la reforma agraria, terminaron acelerando el proceso de urbanización. En Colombia, la participación del fenómeno de la violencia fue enorme.

Fundamentalmente, el problema agrario y la urbanización son dos caras de la misma moneda. Más aún, el problema ambiental en Colombia es solo una expresión del problema agrario. La marginalidad de la agricultura campesina, sujeta al olvido consuetudinario del Estado, ha dejado dos alternativas al habitante rural: expandir la frontera agraria en las selvas de la Colombia profunda, o ser absorbido por los agujeros negros de los cinturones de miseria en las grandes ciudades. La deuda con el mundo rural ha cobrado un costo mayor del que pudieron generar las soluciones oportunas. El incalculable valor del bosque es remplazado por la ganadería del hombre de Cromañón, cedida por el colono inviable en la frontera, que se convierte en protagonista de la violencia, patrocinada por los cultivos ilícitos y el narcotráfico. Esta misma violencia provoca el desplazamiento hacia los centros urbanos, que no tienen más remedio que expandirse frente a la demanda que eleva los precios de los predios rurales circundantes y los obliga a convertirse en urbanos.

Implicaciones de la dicotomía campo/ciudad

Indudablemente, los principales problemas que padece la especie humana en la actualidad son el cambio climático y la pobreza, los dos muy relacionados y acentuados por esa dicotomía entre campo y ciudad. Durante la mayor parte de su historia, la humanidad ha confiado en el régimen biológico natural que regula la eliminación de desperdicios para librarse de las basuras que ella produce. Sin embargo, ha empezado a fabricarse, sobre todo a partir de la Revolución Industrial, un gran número de materiales que la biología terrestre no consigue eliminar fácilmente. En la actualidad, hay que incluir entre dichos materiales nada menos que 75.000 sustancias químicas artificiales, muchas de las cuales pueden tener a menudo efectos desconocidos en la salud de los seres humanos, los animales y las plantas. En términos de la teoría de Gaia que formulara James Lovelock (1987), procederá Gaia o no a eliminar de forma

no aleatoria a la especie humana, debido a que puede estar socavando las circunstancias que requieren su propia especie y las otras para su continuidad.

La pérdida de la biodiversidad es hoy considerada la sexta mayor extinción ocurrida desde el período Cámbrico. Y esta tendencia no se detendrá en tanto los seres humanos continúen aumentando el ritmo de energía y recursos a que están sometiendo a la superficie terrestre, que es finita. El sector agropecuario comercial depende cada vez más de un número muy limitado de plantas y animales, y de la certeza de que estas especies pueden resultar fácilmente barridas por la aparición de nuevas enfermedades, resulta fácil comprender el terrible daño potencial. Además de todos estos problemas, nos enfrentamos a la cuestión de la creciente entropía, causada en la mayoría de los casos por los materiales que vertemos en la superficie del planeta que habitamos, que redundan en perjuicio de la salud de los seres humanos, de los animales y las plantas. Todas estas cuestiones están interrelacionadas, porque todas son consecuencia del esfuerzo que lleva a los seres humanos a producir una gran cantidad de complejidad para su propio uso, y, frecuentemente, a expensas de la materia y la energía de que disponen otras especies biológicas.

La cuestión más fundamental que ha de resolverse en relación con el futuro de la humanidad estriba en saber si los habitantes del planeta Tierra lograrán cooperar o no en la consecución de un objetivo crucial: alcanzar un futuro más o menos sostenible en razonable armonía; o si esto no será posible, como consecuencia de las actuales divisiones que existen entre la ciudad y el campo, entre las personas de mayor o menor riqueza, a causa de la desigual distribución de poder que se da en el seno de las sociedades como entre estas. Además, cabe preguntarse si la gran superficie planetaria que se requerirá para producir energía y alimentos dejará algún espacio libre para que las especies silvestres continúen viviendo y prosperando.

Agrópolis: superando la dicotomía de lo rural/urbano

Un modelo agropolitano implica superar la dicotomía ciudad/territorio, que separaba lo rural de lo urbano. En esencia, "agrópolis" es un modelo de base territorial en donde los patrones espaciales son el resultado de procesos de terri-

torialización complejos, cuyo motor es la cultura. La agrópolis implica armonizar la calidad del hábitat humano con la productividad y competitividad del territorio. Es, en consecuencia, un modelo sustentable por antonomasia (Puello, 2011).

Los modelos agropolitanos implican un desarrollo territorial, multisectorial, multidisciplinario y multidimensional. Se resaltan los vínculos urbano-rurales, promoviendo la potencialidad de pequeños núcleos urbanos alrededor de las grandes metrópolis, que pueden constituirse en motores de actividades agrícolas y no agrícolas (Cubillas, 2010). Se considera la visión de red social con el fin de garantizar la mejor gobernabilidad por parte de los grupos sociales con intereses comunes complementariamente a la óptica geográfica o de ecosistema, lo que supone nuevas formas de representación política, en torno a la configuración de un eco-Estado.

La consolidación de modelos agropolitanos cobra una gran importancia en Colombia en las actuales circunstancias en las que las condiciones ambientales adversas como los estragos de la reciente ola invernal, o factores asociados con la crisis agraria como el desplazamiento de la población campesina, han llevado a una revisión de la política pública. La formulación del Plan de Desarrollo del actual gobierno ha enfatizado el desarrollo con enfoque regional. Asimismo, el reciente proyecto de ley de desarrollo rural, que cursa en el Congreso, se fundamenta en el enfoque territorial del desarrollo rural.

Los modelos agropolitanos están estrechamente relacionados con la nueva orientación de la política pública sobre el desarrollo con enfoque territorial. Se entiende por *desarrollo rural con enfoque territorial* el proceso de transformación productiva, institucional y social de los territorios rurales, en el cual los actores sociales locales tienen un papel preponderante y cuentan con el apoyo de las agencias públicas, privadas o de la sociedad civil, con el objetivo de mejorar el bienestar de sus pobladores. El enfoque territorial permite potenciar el desarrollo rural para mejorar el bienestar de los habitantes en un territorio, propiciando la participación y cooperación de todos los actores, y el aprovechamiento de sus recursos, en un proceso que lleve a la ordenación del territorio y la sostenibilidad ambiental (Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, 2011).

Los modelos “metropolitanos” subordinan el ordenamiento territorial al plusvalor, que dicho sea de paso, se constituye en la mayor fuente de rentas urbanas (Jaramillo, 2002). Esto no solo restringe las relaciones espaciales a la eficacia de la tributación sobre la renta del suelo, sino que subordina el planeamiento físico a los intereses particulares, hasta desconocer, en temas como el abastecimiento y la seguridad alimentaria, funciones del territorio, que incluso, valoradas desde la noción de *huella ecológica*, ponen en cuestión los supuestos epistémicos de lo que hasta hoy se ha entendido como *territorio* (Puello, 2005).

Los modelos “agropolitanos”, en contraste, plantean la comprensión del territorio como redes sociales. En concordancia con ello, la Ley de Desarrollo Rural plantea una visión del territorio donde el entramado complejo de las interacciones entre los distintos agentes constituye la base de su delimitación espacial:

El territorio es entendido como un espacio histórico y social, delimitado geográficamente, con cuatro componentes básicos: un territorio con actividades económicas diversas, interrelacionadas; una población principalmente ligada al uso y manejo de los recursos naturales, con una cultura propia; unos asentamientos con una red de relaciones entre sí y con el exterior; y unas instituciones —gubernamentales y no gubernamentales— que interactúan entre sí (Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, 2011).

Conclusiones

El crecimiento poblacional y el auge de la civilización moderna han implicado una tendencia demográfica hacia la urbanización, que ha llevado a un cambio de vida en los habitantes de la ciudad y el campo, aumentando por consiguiente la creciente entropía, causada en la mayoría de los casos por los materiales que vertemos en la superficie del planeta en que habitamos.

Los vínculos entre la ciudad y el campo son multifacéticos y de carácter simbiótico. La ciudad genera demanda de bienes y servicios al sector rural, pero los recursos naturales que posee el sector rural constituyen el soporte de la vida en las ciudades. La sociedad no ha entendido que los problemas del campo terminan afectando a la ciudad.

El mayor costo que ha implicado el proceso de urbanización ha sido la erosión de la cultura rural y la pérdida de riqueza social en el campo. La exclusión del campo por parte de la ciudad no ha sido solo física y económica, sino también epistémica, donde el conocimiento científico-técnico ha aparecido en el lugar más alto de la escala cognitiva, mientras que las epistemes del sector rural han sido vistas como algo por superar.

La marginalidad de la agricultura campesina, sujeta al olvido del Estado, ha dejado dos alternativas al habitante rural: expandir la frontera agraria en las selvas de la Colombia profunda, o ser absorbido por los agujeros negros de los cinturones de miseria en las grandes ciudades.

Un modelo agropolitano implica superar la dicotomía ciudad/territorio, que separa lo rural de lo urbano, siendo "agrópolis" un modelo de base territorial, que implica armonizar la calidad de vida del habitante humano con la productividad y competitividad del territorio, lo que constituye por antonomasia un modelo sustentable.

Bibliografía

- Bohórquez, I. (2009). *La frontera rural de Bogotá: un debate sobre sostenibilidad ambiental y crecimiento urbano*. VIII Seminario de Investigación UrbanoRegional ACIUR.
- Budiansky, S. (1992). *The Covenant of the Wild: Why Animals Chose Domestication*. Nueva York: William Morrow.
- Castillo, J. (2011). Los distritos rurales: un nuevo concepto de desarrollo territorial. Modelos centro-periferia en Castilla-La Mancha. *Estudios de Economía Aplicada*, 29 (1), 165-188.
- Cubillas J. (ed.). (2010). *Desarrollo rural territorial y gobernanza de los recursos naturales Reflexiones en los Andes*. Lima: GTZ/IICA.
- Echeverri, R. (1998). *Colombia en transición. De la crisis a la convivencia: una visión desde lo rural*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Echeverri, R. (2003). *El enfoque territorial del desarrollo rural*. San José: IICA.
- Forero, J. (1990). *Evaluación general del programa de desarrollo rural integrado DRI en Colombia*. Bogotá: Universidad Javeriana/Ministerio de Agricultura.

- Galindo C. y Delgado J. (2006). Los espacios emergentes de la dinámica rural-urbana. *Revista Latinoamericana de Economía*, 37 (147), octubre-diciembre.
- Gaviria, A. (2012). Ciudades. *El Espectador*, 11 de marzo. Bogotá.
- Isaza, J. (2012). Urbanización. *El Espectador*, 14 de marzo. Bogotá.
- Jaramillo, C. (2002). *Crisis y transformación de la agricultura colombiana 1990-2000*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica/Banco de la República.
- Locke, J. (1983). *Ensayo sobre el gobierno civil*. Barcelona: Orbis.
- McNeill, W. (2005). *The Pursuit of Truth: A Historian's Memoir*. Lexington, Kentucky: The University of Kentucky Press.
- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. (2011). "Proyecto de ley de tierras y desarrollo rural".
- Mougeot, L. (2005). *Agrópolis: The Social, Political and Environmental Dimensions of Urban Agriculture*. London, UK: Earthscan/International Development Research Centre.
- Niele, F. (2005). *Energy: Engine of Evolution*. Amsterdam: Elsevier/Shell Global Solutions.
- PNUD. (2011). *Informe nacional de desarrollo humano. Colombia rural. Razones para la esperanza*. Bogotá: INDH/PNUD.
- Puello, M. (2005). Agrópolis o el fin de la ciudad-territorio. Aportes conceptuales para un planeamiento físico de base Agropolitana. *Bitácora*, 9 (1), 43-53.
- Puello, M. (2011). Bogotá o la importancia de llamarse ciudad región. *Revista Digital Razón Pública*, 23 de octubre. Recuperado de <http://razonpublica.com/index.php/politica-y-gobierno-temas-27/2493-bogota-o-la-importancia-de-llamarse-ciudad-region-.html>.
- Puello, M. (2012). Agrópolis para Bogotá-región: un ejemplo de alianza urbano-agro rural en un marco TLC (segunda parte). *Revista Digital Razón Pública*, 13 de noviembre. Recuperado de <http://razonpublica.com/index.php/regiones-temas-31/2553-agropolis-para-bogota-region-un-ejemplo-de-alianza-urbano-agrorural-en-un-marco-tlc-segunda-parte-.html>.
- Ruiz, J. (2012). Ciudades, campo y desarrollo. *El Espectador*, 13 de marzo. Bogotá.
- Said, E. (1990). *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- Spiers, F. (2011). *El lugar del hombre en el cosmos: la gran historia y el futuro de la humanidad*. Barcelona: Crítica.

- Toulmin, S. (1990). *Cosmopolis. The Hidden Agenda of Modernity*. Chicago: Chicago University Press.
- Turgot, A. (1991). Cuadro filosófico de los sucesivos progresos del espíritu humano. En A. Turgot. *Discursos sobre el progreso humano*. Madrid: Tecnos.
- Turgot, A. (1998). Plan de dos discursos acerca de la historia universal. En A. Turgot. *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano y otros textos*. México: Fondo de Cultura Económica.